

Vuelvo *mis ojos hacia ti* y despierta en la noche,
bañada en la sombra solitaria del alma,
a solas con la vida que te abraza y que mata,
absorta la mente por preguntas sabias.
Desnuda de sueños que parecían eternos,
cargada de arrugas que marcan el tiempo,
mecida en la duda de un futuro incierto,
me encuentro tendida, sin coger el sueño.
Nacerá un mañana que abrirá mis ojos,
volverá a engañarme con bonitos cuentos,
historias de esperanzas tejidas de ilusiones,
sueños renovados que desafían el tiempo.
Hasta que la noche extienda sus alas,
y me acoja de nuevo en su frío seno,
donde el silencio susurra verdades,
y el alma se encuentra con su eterno dueño.

(**Insomnio**. Inédito: M^a Carmen Fernández Castillo)

"Lo esencial es invisible a los ojos."

El funambulista invisible: *Ecos* del Pasado de un Futuro Digital.

Mi padre siempre fue un hombre adelantado a su tiempo. Como Administrador de Fincas, su trabajo abarcaba una gran variedad de tareas relacionadas con la gestión y el mantenimiento de los edificios y sus propiedades. Aunque su labor principal consistía en gestionar inmuebles, eran los propietarios quienes opinaban y valoraban su servicio, basándose en la confianza, satisfacción y expectativas que generaba.

Él sabía capturar la esencia de su profesión y solía recalcar la agudeza, discreción y habilidad que todo administrador debe poseer para manejar conflictos, mantener la armonía y asegurar el buen funcionamiento de toda comunidad, mientras camina por una cuerda floja de expectativas y responsabilidades: "somos como un funambulista invisible que camina por la cuerda floja del difícil arte de la convivencia".

En su día a día, se movía con la pericia de un equilibrista, navegando por las intrincadas aguas de la convivencia vecinal. Cada decisión, cada acción, era un paso cuidadoso y preciso sobre una cuerda floja. Su labor, invisible a los ojos de muchos, era crucial para mantener la paz y la armonía entre los vecinos.

Pasen y vean... más difícil todavía... No puedo evitar que me venga a la memoria una vetusta melodía, cuya letra resuena en mi interior como un reverberante eco del pasado:

"como un funambulista imbatible,

leyendo en braille los pasos del siguiente mortal".

El funambulista invisible se deslizaba por una cuerda floja delicada e interminable. No solo mantenía una convivencia armoniosa con los vecinos, sino que también equilibraba las demandas de su familia, creando un ambiente de paz y comprensión. Su familia, como una malla de seguridad, le aportaba la confianza en sí mismo necesaria para seguir caminando en suspenso en su lucha contra el vacío. Así, se convirtió en un maestro del arte de convivir, un virtuoso del equilibrio en la cuerda floja de las relaciones humanas, navegando con gracia y destreza entre las complejidades de la vida.

...desde aquel rincón tan exquisito....

Cuando era adolescente, recuerdo cómo los fines de semana mi padre hallaba refugio en la quietud de la noche. Aquellas horas serenas eran su bálsamo de Fierabrás contra los *espíritus irreales*: los fantasmas traviesos y traicioneros del estrés y la ansiedad que, sin pedir permiso, venían a visitarlo cuando el cansancio mental acumulado por la sobrecarga de trabajo comenzaba a hacer mella en la paz de su espíritu. "Todos nos hemos cruzado alguna vez con *gente especial*, y estoy seguro de que *cualquiera de nosotros*, en una profesión tan expuesta como la nuestra, podría publicar un manual sobre cómo tratar con gente difícil", solía decir.

En esos momentos, se refugiaba en el amplio salón de casa, rodeado de estanterías repletas de libros, protegidos por puertas de cristal que los mantenían a salvo de insectos, humedad y el incómodo polvo.

Solía sentarse en su sillón orejero favorito, acogedor y envolvente, junto a una lámpara de pie flexible, en lo que él denominaba su "rincón exquisito". Allí, se deleitaba leyendo alguna novela o uno de sus tesoros de ciencia, filosofía o psicología. Una de esas joyas era "El arte de ser feliz" de Schopenhauer, un libro cuyo desgaste evidenciaba la frecuencia con la que lo releía. Página tras página, encontraba consuelo y claridad, recuperando su bienestar emocional y *equilibrio homeostático* ante los desafíos diarios de su profesión.

A menudo, me deslizaba sigilosamente desde mi cuarto hasta el salón, pero su infalible "sentido arácnido" siempre me detectaba, susurrándome: "¿Qué haces despierto?.. ¡No andes descalzo!" Así, acabábamos compartiendo silencios o entablábamos diálogos que estimulaban la imaginación de mi mente inquieta y soñadora. En ocasiones, disfrutábamos viendo alguna película interesante o de ciencia ficción que tanto le apasionaban. Recuerdo perfectamente la noche en que vimos "Odisea 2001" porque casi nos fuimos a dormir *al amanecer* divagando sobre cómo sería el futuro.

"Hijo," me decía, "¿te imaginas el futuro en el año 2121? Mi profesión para entonces será muy diferente y puede que ya no exista tal y como la conocemos hoy día. La tecnología liberará tiempo y espacio que podremos aprovechar para explorar nuevas oportunidades". Tras una larga pausa, dijo: "¿Te imaginas que, en el proceso de terraformación, se lograra crear esferas de lluvia en Marte? Sería un espectáculo ver cómo se forma un *arcoíris* en el cielo marciano."

El Futuro de la Inteligencia Artificial

A medida que pasaban los años, sus palabras se convirtieron en una profecía autocumplida. Para el 2045, la inteligencia artificial ya había transformado por completo la gestión de las Comunidades.

Mi padre, un verdadero pionero en la adopción de nuevas tecnologías, fue la piedra angular de nuestro proyecto. Con su sabiduría, visión y agudeza incomparables, coordinaba y aportaba ideas fundamentales en el desarrollo de la inteligencia artificial, trabajando codo a codo con mis compañeros y amigos. Juntos, tejimos un futuro donde su *legado* se convirtió en el alma de nuestra creación.

Desde cualquier lugar y en cualquier momento, gracias a las *Gafas Inteligentes de Realidad Virtual Aumentada*¹, que patentamos bajo la marca *CleverVision*, mi padre coordinaba, supervisaba y validaba todas las tareas de su día a día de forma sencilla y cómoda. Esta tecnología le había otorgado, al igual que a sus colegas, el don de la "ubicuidad". Entre risas, bromeaba diciendo que se sentía "como Dios" con esas gafas.

"Antes, mis empleados y yo teníamos que hacer malabares para atender mil tareas a la vez. Ahora, cualquier idea o mejora que se nos ocurra puede ser programada y ajustada al nivel exacto de automatización que deseemos. Nuestro trabajo consiste ahora en monitorizar,

¹

coordinar y validar las tareas más complejas, asegurándonos de que todo funcione como un reloj suizo”, “Mirad esto”, nos decía con asombro, señalando una de las pantallas holográficas como quien todavía no acaba de creerse algo: “El sistema ha detectado un problema leve en el funcionamiento de la bomba de agua del grupo de presión de uno de los edificios. Ya ha contactado con el mantenedor, he dado mi validación y se ha programado una visita para mañana a primera hora, tal y como acordamos que se incluiría en esta actualización. Enhorabuena, habéis superado con creces mis expectativas. Esta actualización mejora la interfaz que comunica la IA con IoT y el panel de supervisión, facilitando aún más la gestión y resolución de problemas. Buen trabajo.”

Conexión Humana en la Era Digital

A pesar de que, con el tiempo, fue adoptando cada vez más el trabajo remoto, no había abandonado la valiosa costumbre de visitar periódicamente los edificios. Estas visitas le permitían mantener un contacto más directo y personal con los presidentes y vecinos, fortaleciendo así los lazos y la confianza mutua. Siempre estaba disponible para los propietarios, escuchando sus preocupaciones y ofreciéndoles soluciones adaptadas a sus necesidades individuales o colectivas.

Celebraba con alegría y alivio cómo su trabajo ya no requería desplazarse a las reuniones, pues casi todas, salvo contadas excepciones, se celebraban de forma digital. “Con una sonrisa en el rostro, solía decirnos: “Nunca echaré de menos algunas de esas jaulas de grillos”.

Pero lo que más me impactaba era su visión del futuro. Pese a los avances tecnológicos, él nunca perdió de vista lo esencial: nuestra humanidad. Sabía que, aunque estos *Sistemas de Aprendizaje Automáticos* pudieran gestionar las tareas administrativas y operativas de forma eficiente, la empatía y la comprensión eran insustituibles. “Daniel,” me decía, “la tecnología seguirá avanzando pero siempre debemos recordar que somos humanos. La IA puede hacer mucho por nosotros, pero no puede reemplazar la calidez, el *contacto interior*, la conexión de los vínculos humanos.”

Brain Sessions y el Motor de Pensamiento Artificial.

Siempre nos recordaba, con un toque de ironía, que su despacho era nuestro mejor laboratorio de pruebas. “Así que soy vuestro conejillo de indias,” solía decirnos con una sonrisa, “a ver si os acordáis de traerme una bolsita de heno o, mejor, frutos secos; el heno me suele dar ardores.”

Con nostalgia, me vienen a la memoria recuerdos imborrables de aquellos momentos cargados de creatividad y buena sintonía en los que mis amigos y yo nos reuníamos en su despacho. Allí, el tiempo parecía desvanecerse, y lo que comenzaba como sesiones de trabajo se metamorfoseaba en tertulias que se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Esas charlas, donde las propuestas de trabajo y los temas más variados fluían y se entremezclaban con naturalidad, inspiraban muchas ideas que luego aplicábamos con afán en la mejora de nuestra dinámica y revolucionaria Super Inteligencia Artificial (SAI).

En una de las 'Brain Sessions', que gustábamos traducir como 'sesiones sesudas' debido a la profundidad y complejidad de las cuestiones a debatir, habíamos acordado abordar de forma monográfica 'el motor de pensamiento artificial'. Recuerdo cómo en aquella reunión en particular, el humo nos salía por las orejas como en una olla a presión. Sin embargo, sabíamos que íbamos por el camino correcto.

Cada uno de nosotros aportaba su grano de arena desde su área de conocimiento. Él, siempre atento, nos dejaba hablar, tomando notas constantemente. De vez en cuando, nos preguntaba sobre algunos matices o dudas que le surgían, o planteaba alguna cuestión para que no nos desviáramos de lo fundamental. Al final, nos hacía una síntesis de las ideas más relevantes que habíamos discutido y aportaba su propio punto de vista. Aquella sesión fue un verdadero punto de inflexión.

“Si asumimos que los androides pueden soñar con ovejas eléctricas, estamos aceptando la existencia de una ciber-subjetividad. Lo primordial es construir esta ciber-subjetividad desde una base ética y moral. Aquí es donde la episteme y la epistemología juegan un papel crucial. Con un marco conceptual robusto y principios metodológicos claros, podemos desarrollar una SIA que sea inteligente, ética, empática y compasiva, cuyo propósito sea el bienestar común de la sociedad y la naturaleza, a través del cuidado, la regeneración y la recuperación de hábitats y especies.

Si logramos que esta ciber-subjetividad interprete la realidad de manera similar a la humana, habremos alcanzado un hito: que la SAI camine por la ‘nervura de lo real’ antes de desarrollar su propia ciber-autoconciencia. Pablo, matemático, exclamó: “¡Señor Jesús!” Rafael, ingeniero informático, dijo: “Eso nos llevará años e incalculables líneas de código.”

“Pero hay más” -continuó- “si dotamos a esta ciber-autoconciencia de un cuerpo robótico humanoide e integramos una planta en su interior, crearíamos un súper humano artificial.” “Incorporar una planta permitiría al humano artificial cuidar de un ser vivo, conectándose al ciclo de la vida y acercándose a una experiencia orgánica de existencia. Desde una perspectiva filosófica, esto reflejaría la interdependencia entre tecnología y naturaleza, enriqueciendo la experiencia del humano artificial con empatía y consideración hacia la vida.”

Desde la ingeniería informática, esto implicaría desarrollar sensores y algoritmos avanzados para monitorear las necesidades de la planta. Este proyecto podría marcar un hito en la evolución de la inteligencia artificial, creando seres que no solo simulen la inteligencia y empatía humanas, sino que también demuestren una verdadera capacidad para cuidar y entender otras formas de vida, beneficiando a la humanidad y protegiendo nuestro entorno natural.

Llegados a este punto, quedaría contestada la pregunta: ¿puede un robot comportarse como un ser humano? Ahora la cuestión ha pasado a otro nivel: ¿podría un ser humano comportarse como un robot? Precisamente para evitarlo, hemos de mantener la esencia de nuestra humanidad, nuestras imperfecciones, emociones y creatividad. La verdadera inteligencia no es solo la capacidad de calcular o ejecutar tareas con precisión, sino la habilidad de sentir, de empatizar, de soñar y de crear.

Para no convertirnos en autómatas, debemos recordar aquello que nos hace humanos. La subjetividad artificial puede ser una herramienta poderosa, pero sin una base ética y moral, corremos el riesgo de perder nuestra esencia en la búsqueda de la perfección. La filosofía, lejos de ser un mero ejercicio teórico o académico, se convierte en la brújula que nos guía en este mar de avances tecnológicos, asegurando que no perdamos nuestro “cable a tierra.”

Pues bien, ahora voy que dar una vuelta de tuerca más a todo esto. Recordaréis que os recomendé leer “El Nombre de la Rosa” y “Fahrenheit 451”. En ambas novelas, el fuego actúa como instrumento de censura para evitar que los personajes accedan a un conocimiento

prohibido. Este control les impide pensar libremente por sí mismos, cuestionar las verdades del sistema y rebelarse contra el poder establecido.

Hoy en día, ese fuego se ha transformado en el abuso de redes sociales, medios y pantallas electrónicas que, paradójicamente, nos incomunican. Estos elementos se han convertido en barreras que nos desconectan de nuestro contacto humano. Las redes sociales y las pantallas electrónicas actúan como cortinas que nos separan, impidiendo que experimentemos la verdadera comunicación y conexión humana. Nos sumergen en un flujo constante de información superficial que reemplaza el conocimiento profundo y crítico, impidiendo que cuestionemos y reflexionemos sobre la realidad que nos rodea.

En lugar de hogueras que consumen libros, ahora enfrentamos la distracción y la desinformación que nos mantienen alejados de la reflexión y el entendimiento. Este nuevo fuego digital, aunque menos visible, es igualmente peligroso para nuestra capacidad de pensamiento crítico y conexión auténtica.

Para evitar lo que le ocurrió al Doctor Frankenstein – en ese momento no pude resistirme interrumpir a mi padre, exclamando en un tono susurrante "¡Fronkonstin!" "¡Fronkonstin!!", y él arqueando su espalda imitando a Marty Feldman apoyándose en un bastón imaginario, poniendo cara de ojos saltones emulando su voz, respondió : "¡Aigor cojones, Aigor!". La risa brotó de forma espontánea ante lo cómico de aquella escena improvisada.

Bueno, seamos serios. Como decía el Doctor Fronkonstein, - y todos respondimos al unísono - ¡Fronkonstin!creó vida a partir de materia inerte, pero su creación, el monstruo, se rebeló y causó destrucción, incluso contra su propio creador. Con esto, quiero resaltar que nos movemos por arenas movedizas y controvertidas. Es necesario realizar una profunda reflexión y ejercer control sobre lo que estamos creando, evitando caer en el efecto Pigmalión y dejar de ser objetivos respecto a nuestras creaciones. Es crucial mantener una perspectiva ética y racional para evitar los peligros que podrían surgir de una relación demasiado idealizada con nuestras creaciones tecnológicas.

Se levantó de un salto y nos sugirió: después de esta tunda que os he dado, es hora de pasar de lo abstracto a lo concreto. Con hambre no se puede pensar con lucidez y se nos ha ido el santo al cielo. Además, mi estómago hace más ruidos que mil molinos. ¿Quién se apunta a unos churritos en Casa Aranda?"

El viaje de la Innovación.

Recuerdo perfectamente como si fuera ayer cuando mi padre me animó a realizar el curso para acceder al Registro de Oficiales Habilitados. Yo era el más joven de todos los alumnos, tendría por aquel entonces no más de 19 años. Guardo un recuerdo especial cuando, algo enfadado, insistió con vehemencia que me pusiera traje de chaqueta para el acto de entrega del título. Me decía que era importante proyectar una buena imagen personal y profesional, pero en aquel momento, mi insolencia juvenil no me permitía comprender y darle importancia a aquellos detalles y convenciones sociales. Yo solo quería ir lo más cómodo posible al evento.

Fue precisamente durante el aperitivo que se sirvió tras la entrega de diplomas cuando uno de mis compañeros del curso hizo una reflexión que me pareció sumamente acertada e inteligente: "Uno trabaja para adquirir tiempo, tiempo de calidad, *tiempo de amor* que dedicar a la familia y

a los amigos, así como a las pasiones y sueños que procuran sentido a nuestras vidas. Ese *tiempo de amor* del que hablo podría lograrse con la ayuda de la *Inteligencia Artificial*, pues todos trabajaríamos menos tiempo pero de forma más eficiente”.

Unos meses más tarde, recordando sus palabras, caí en la cuenta, como si en ese mismo instante la mítica manzana del árbol de Newton hubiera caído del cielo para tropezarse con mi cabeza: '¡Eureka! Ni cortos ni perezosos, mis amigos del colegio y yo decidimos crear una startup y *marchamos hacia la gloria*. Entre todos, formábamos una red de conocimiento interdisciplinaria, complementaria y heterogénea. Aunque el camino no fue de rosas, logramos desarrollar el primer "Sistema Inteligente Autónomo Experto en Administración y Gestión de Fincas". Eso fue solo el principio.

Nos llevó cinco años terminar la primera versión Beta, pero a pesar de nuestra juventud e inexperiencia, nuestro innovador Súper Algoritmo Neuronal Cognitivo funcionaba de maravilla. Este motor de pensamiento artificial podía adaptarse a cualquier área de conocimiento y a cualquier problema o desafío humano en general.

No pasó mucho tiempo antes de que comenzáramos a recibir ofertas de compañías multinacionales líderes en Computación Cuántica Avanzada, con sede en el Parque Tecnológico de nuestra cálida y añorada Málaga.

A la empresa la denominamos inicialmente con el nombre que se nos ocurrió en un proyecto de negocio para un trabajo de 1º de ESO: "**GlobalGames**". Quién nos iba a decir que años más tarde nos convertiríamos en una de las empresas "*Unicornio*" más prometedoras y punteras de *Inteligencia Artificial* aplicada al ámbito biomédico, aeroespacial, financiero e inmobiliario del mundo: "**EVEREST GLOBAL NEURAL NETWORK**".

Como un proyccionista de cine lanzando al aire la luz que nos engaña al pasar.

El texto que sigue es parte del cortometraje que cierra la historia.

Postdata.

Se ha omitido por motivos de espacio. "bululú esquimal". Continuará....

